

LA ORIENTACIÓN EDUCATIVA: UN EJERCICIO DIARIO DE SUPERVIVENCIA FRENTE A LA BUROCRACIA.

M^a del Carmen Gil del Pino
Profesora de la Facultad de C.C.E.E.
Universidad de Córdoba
Mayo/02

Expondré algunas cuestiones sobre la práctica de la Orientación Educativa que pudiesen servir para agitar el debate que está servido en torno a la titulación de Psicopedagogía. Advierto que hablo desde el conocimiento parcial del estado de la cuestión en nuestra Facultad, pero esto se puede compensar con el de la práctica orientadora, al haber tenido la oportunidad de conocerla y trabajar en ella. Valga lo uno por lo otro. Advierto también que lo hago por si os puede servir, profesores y alumnos de Psicopedagogía. Entiendo la palabra servir en un sentido amplio. Lo que digo os servirá tanto si lo podéis utilizar como si lo elimináis de vuestra práctica. Con una de las dos cosas, y en igual medida, quedaría cubierto mi objetivo (cuando rechazamos algo estamos apostando por otra cosa y, en este ejercicio, construimos nuestro saber).

Entrar en un despacho de Orientación es algo parecido a entrar en un archivo de documentos. Lo primero que ves son montañas de decretos y disposiciones, fotocopias de BOEs y de BOJAs generalmente. Suelen ser documentos desagradables, amarillentos, empolvados, inútiles, absurdos... En ellos encontramos criterios de promoción, evaluación o repetición de curso, normativas sobre diversificación y adaptación curricular, sobre la acción tutorial o la intervención psicopedagógica. A pesar de su aspecto poco motivador son, paradójicamente, muy seductores. Te pueden atrapar de tal manera que dediques muchísimas horas del día a ordenarlos, a subrayar párrafos que te puedan salvar en una reunión, a buscar en ellos la receta a los problemas que te vayan llegando, etc. Es fácil caer en sus redes porque, indefensos ante los cambiantes escenarios en los que actuamos, recurrimos a su abrigo.

A continuación ves infinidad de baterías de tests, que están allí dispuestos a ayudarte en el trabajo de etiquetado de alumnos, dando fiabilidad y validez a lo que dices (nadie descubrirá nunca con cuántas dudas) o a lo que los profesores esperan que digas.

Nos encontramos también, generalmente bajo llave, los expedientes de los pocos o muchos alumnos –esto depende de la eficacia del orientador anterior- que ya han tenido la suerte de ser diagnosticados, que ya saben, con todo el rigor científico, lo que les pasa y, por desgracia, lo que a partir del momento en que lo saben también sus profesores y sus compañeros, les seguirá pasando en mayor medida (las expectativas constituyen un importante elemento educativo; los niños ajustan sus respuestas a lo que se espera de ellos, siendo su proceso de aprendizaje una variable dependiente de la profecía que se formula sobre ellos). Una vez, leyendo un informe sobre un alumno, hice el ejercicio mental de considerar que todo lo que allí ponía podía referirse a mí. Tenía, el alumno, dificultades severas de aprendizaje (yo las tengo más que severas para entender aspectos de macroeconomía, física cuántica, astronomía o química orgánica), lateralidad patológica (yo soy zurda pero me vi obligada por la educación? tradicional a realizar todas las acciones visibles y oficiales -escribir, comer, coser, cortar- con la mano derecha, pero podía seguir peinándome con la mano izquierda, saltando con el pie izquierdo, poniéndome el teléfono en el oído izquierdo o mirando por la cerradura de la puerta con el ojo izquierdo; por tanto, si el informe fuese mío pondría lateralidad contrariada, que es una variante de la patológica), conductas agresivas (debo confesar que a veces me pongo bastante exaltada), introversión y timidez (por ella, en mis dificultades de aprendizaje me he remontado a la física y a la química para no descubrir otras más cotidianas y simples como las que tengo para usar el ordenador, hacer la

declaración de la renta o entender los movimientos de la bolsa). Me alegra que estos datos no hayan caído en las manos de un orientador psicotécnico. Pese a su confidencialidad, - o tal vez por ella- hubiesen corrido como la pólvora y, con toda seguridad, yo no estaría ahora narrándolos.

Me parece fundamental que los alumnos de Psicopedagogía sepan que han de aprender a sobrevivir a la tarea burocrática y oficialista que se van a encontrar, y no me refiero a sobrevivir en el sentido de librarse de la «muerte» (pedagógicamente hablando) ni en el de vivir vegetativa y pobremente (también en clave pedagógica), sino en el sentido que etimológicamente tiene la palabra: «vivir por encima de todo, vivir sobre el mundo (para transformarlo)». Como coartada tienen la certeza de que nunca acabarían de hacer papeles – diagnósticos, informes, censos de alumnos con n.e.e., etc._ aunque estuviesen día y noche trabajando. Hacer por tanto algunos menos y dedicar mientras el tiempo a configurar problemas (es un error creer que los problemas nos vienen dados; hay que buscarlos) a sacarlos a la luz y a formular compromisos para resolverlos entre todos (co-laborando: trabajando conjunta y constantemente) es una buena opción.

El diagnóstico que hay que hacer fundamentalmente no es el de los alumnos –éstos son los clientes de nuestra educación/orientación-, sino el de la realidad educativa (y si se hace de los alumnos, que sea para trabajar en consecuencia, y no para frenar la acción, como suele suceder). Es preciso buscar siempre la normalización. A veces creemos que la escuela es una clínica. Empezamos introduciendo el lenguaje -diagnóstico, pronóstico, historia clínica, patología, psicoterapia, exploración psicológica, síndrome, anamnesis...- y, al no ser éste neutral ni inocente, sino un medio para construir y comunicar significados subjetivos, acaba operando en nuestros pensamientos y en nuestras conductas.

Que la inseguridad del orientador se tome incertidumbre pues, mientras la primera toma formas de seguridad, rigidez o sabiduría (sombras, en definitiva, que, ante el miedo a desvanecerse, se sustentan en mitos y leyes) la segunda admite la provisionalidad de lo que sabemos y la necesidad de la intersubjetividad. Si estamos dispuestos a comunicar nuestros pensamientos, que no son otra cosa que nuestros sentimientos, nuestras conductas y nuestras aspiraciones, si participamos en el diálogo abierto en la comunidad educativa, cobramos valor. La inseguridad se refugia en un marco conceptual cerrado, en un cuerpo de conocimientos construido , salvaguardado, custodiado...(BOEs, BOJAs, tests...); la incertidumbre nos ayudará a crear un orientador único dentro de nosotros. La orientación es, como todo, una opción, un posicionamiento (la neutralidad es un mito de la misma categoría que el de los reyes magos o el de la cigüeña, pero que todavía deambula por ahí). Si nos sumergimos en la oficialidad, nos será difícil ver la realidad y, en consecuencia, trabajar en ella y por ella.

Si los alumnos de Psicopedagogía no lo sabían, ahora lo saben.